

P. Chatterjee, *I am the People. Reflexions on popular sovereignty today*, New York, Columbia University Press, 2020, 185 pp.

*I am the People. Reflexions on popular sovereignty today* (2020) es la transcripción de unas sesiones impartidas por Partha Chatterjee en las Ruth Benedict Lectures de la Universidad de Columbia en abril de 2018. Este conocido representante de los *Estudios sobre la subalternidad* decidió añadir un epílogo a la edición escrita para responder de una manera más situada en el panorama histórico actual (la escritura del mismo corresponde al contexto del año 2019) a las acusaciones de diagnóstico pesimista que recibió de muchos de los asistentes a las charlas. A lo largo de este corto ensayo su intención es clara: situar el contexto de los populismos contemporáneos en una crisis de la hegemonía burguesa encauzada como continua revolución pasiva e intentar ilustrar esto a través de la historia específica de los movimientos populistas indios, sean de oposición o vehiculados por el Estado. Para ello, Chatterjee establece una línea genealógica en su exposición que puede resultar llamativa. El autor comienza planteando una contraposición entre la aproximación de Ruth Benedict al *carácter nacional* japonés como una cultura de la vergüenza en *El crisantemo y la espada* (1946) con los debates jurídico-políticos sobre los juicios de Tokio (1946-1948) y especialmente en relación a la posición crítica del representante indio Radhabinod Pal. Frente a la posición de Benedict, que ubicaba esa diferenciación de los caracteres nacionales (incluida en una investigación promovida durante la contienda por la Oficina de Información de Guerra de Estados Unidos) como factor explicativo de la aceptación de la derrota militar y la retirada, el juez Pal ponía el foco en el carácter político del juicio, la parcialidad clara en relación a eventos como el lanzamiento de las bombas atómicas y la imposibilidad de atribuir una conspiración de origen (ya desde el comienzo en 1937 de la guerra sino-japonesa) para cometer crímenes de guerra agresiva a los altos cargos del ejército japonés parangonable al formato de acusación a los jerarcas nazis en los juicios de Nuremberg. Si bien es cierto que la figura de Pal fue reapropiada por el nacionalismo irredentista japonés contemporáneo, la intención de Chatterjee es la de ubicar su posición en un contexto de nacionalismo anticolonial específico, donde por evidentes que puedan resultar las críticas del ponente indio a una clara politización que responde a la arbitrariedad de la justicia de los vencedores, el contexto de afinidades con el fascismo y el imperialismo en India resulta evidente, desde figuras claramente fascistas como la de Subhas Chandra Bose a la ambigüedad continua de un Nehru. Chatterjee traza un fino análisis de la complejidad jurídico-política

de estos eventos y lo enlaza claramente con el contexto militar, diplomático y político para hacer saltar ciertos vectores en relación al concepto de soberanía en un ámbito donde todavía la resolución del problema colonial estaba muy caliente y, por tanto, la interpelación al sacrificio popular por el bien nacional es ampliamente aceptada.

En su segunda sesión disloca el foco de atención a una dinamización de la relación entre la norma del Estado de Bienestar y el modelo de gubernamentalidad liberal y neoliberal. Para ello la constelación Gramsci-Foucault es puesta en relación con el ínclito teórico del *Welfare state* T.H. Marshall (1893-1981). El modelo de intelección de la transición del *welfarismo* al capitalismo neoliberal intersecta la idea de Estado integral gramsciano como revolución pasiva de la burguesía con la pacificación disciplinaria, a través de cierto *contrato social*, de la guerra civil permanente que proviene la genealogía foucaultiana. Para ello Chatterjee enfatiza de nuevo la distinción entre Estado-Nación y pueblo nacional, siempre ilustrado por el ejemplo poscolonial como un modelo explicativo fuerte. La idea marshalliana de la ciudadanía expandida, es decir, de la generalización de derechos universales básicos de supervivencia (regulación laboral, servicios sociales, sanidad, etc.), como una forma de arquitectura de legitimación de la estratificación social desigual es lo que explica también la afinidad de base entre las dos etapas contrapuestas. El modelo jerárquico de asignación salarial y asistencial tiene una pregnancia mayor cuando el lenguaje estadístico se vuelve el único medio que el Estado contemporáneo tiene para interpelar moralmente al pueblo, cuando la gramática poscolonial (lejana ya a las reclamaciones wilsonianas o leninistas del derecho de autodeterminación), centrada en el doble carácter del sujeto ciudadano de interés y derechos oblitera la capacidad de exigir el sacrificio en aras del interés nacional. Es ahí donde este modelo administrativo liberal-*welfarista* ya incubaba parte de las lógicas neoliberales de contracción del Estado integral y sus posibles crisis resultantes en formas populistas de encauzar el conflicto social.

Chatterjee, quizá en su mejor aportación, pone en su última sesión el foco en el populismo indio. Su reflexión fundamental sobre la *nueva contradicción* que supone el carácter netamente moderno de la expansión del sector informal por contraposición a la condensación corporativa del sector regulado y formal, reabre un melón sociológico que rompe con los modelos ingenuos de pensar las condiciones de la política populista desde una atribución de atavismos

que responderían a una atávica infancia de la historia relacionada con el subdesarrollo y con la falta de acompañamiento de las sociedades a las cuales todavía les queda un largo trecho para cumplir la teleología bastarda de la democracia liberal como forma de realización civilizatoria. Sus reflexiones sobre el sector informal como síntoma de un proceso continuo de acumulación primitiva en las democracias poscoloniales flaquean por una simple razón, y es que la traducción de este modelo interpretativo es solamente sociológica en el sentido de la estratificación y jerarquización socio-política (centrada en el acceso a los medios de reproducción vital). Chatterjee carece de una comprensión más sistémica de la función del trabajo en la contemporaneidad, pues, la *centralidad negativa* del mismo (Paulo Arantes) opera precisamente por su grado de generalización, que manifiesta la falta de adecuación de origen entre operadores como el salario y su supuesta correspondencia con la posibilidad de la supervivencia. Sin embargo, la traducción conceptual que hace nuestro autor de esta distribución del poder social, aunque cuestionable es muy ilustrativa para su reconstrucción histórica del populismo. Con un aroma hegeliano implícito, la distinción entre la sociedad civil regular (el sistema de necesidades mercantilizado) y la sociedad política (donde ese sector informal recuerda al concepto hegeliano de *Pöbel*, como populacho o ralea), remite a un proceso histórico de extensión del Estado donde la ligereza de las clases corporativas con las violaciones de las reglamentaciones de propiedad, trabajo y fiscalidad por parte del numeroso sector informal que ha de sobrevivir, ilustran la importancia del mismo para la creación de consenso, especialmente en los marcos electorales. Chatterjee en una jugada curiosa es capaz de llenar de contenido histórico las apreciaciones reductivamente formalistas de un autor como Laclau sobre la lógica de la diferencia, las cadenas equivalenciales y la construcción del enemigo. Sus anotaciones sobre las limitaciones estructurales del tacticismo populista son volcadas a través de distintos ejemplos de la historia política india. Por un lado, la configuración territorial, lingüística y étnica del país y las distintas lógicas de oposición de líderes carismáticos regionales en zonas como Tamil Nadu se hacen palmarias cuando nuestro autor disecciona el tipo de interacción con la industria cinematográfica que configura comunidades relativamente cerradas alrededor de una estrella de cine que da el salto a la política y vehicula una narrativa paternalista del

jerarca que provee al pueblo desamparado contra la indiferencia de las élites. La figura de Indira Gandhi y su declaración del estado de emergencia (1975-1977) sirve para inteligir las limitaciones de un control puramente autoritario y la necesidad continua de recomponer el consenso a través de la focalización en un enemigo claro. Finalmente, la subida de Modi al poder en 2014 y su proyecto *Hindutva* de reestructuración hegemónica excluyente sirve para ilustrar las limitaciones de base de un federalismo plurilingüe truncado donde las lógicas de oposición de los líderes populistas regionales no están en disposición alguna de romper una dinámica de continua revolución pasiva.

En su epílogo, Chatterjee remite al contexto de la crisis de hegemonía de las democracias liberales en Occidente. La descripción histórica, quizá también por el formato de la publicación, rebaja el nivel de fineza de los capítulos anteriores a un relato cuasi-periodístico. Su reflexión final aboga por un forzamiento de los proyectos populistas a convertirse en algo más. Si bien esta forma específica de encauzar el proceso participativo (que opera casi como condición de base de la propia política) hace saltar por los aires la falsa estabilidad del modelo liberal de regulación social, su enclaustramiento en la rapidez táctica impide la posibilidad de un proyecto contra-hegemónico que rompa con las dinámicas de revolución pasiva. Chatterjee, en este corto ensayo, tiene la virtud de circunscribir el populismo a sus prácticas específicas y sus condiciones de emergencia frente a una tendencia a considerarlo como puro *estilo*, como hace el historiador y periodista Steven Forti, en los estudios históricos contemporáneos que intentan ubicar el llamado populismo de derechas en conceptos fuertes como pos-fascismo (G.M. Tamás), pero que pierden su sentido por una remisión continua a la idea de democracia iliberal, que ya opera como una vasija vacía que puede albergar tanto un refresco azucarado como sangre humana. Sin embargo, la limitación de este ensayo está en el uso de las categorías de autores como Ernesto Laclau, que dependen de un aparato formal cuya emergencia responde a una lectura histórica pobre y teoreticista. Chatterjee puede llenar de contenido estas categorías, pero quizá la necesidad es la de pensar el populismo por una vía histórico-crítica que sea consciente de como emergen estas categorías.

Alfonso Figueiredo Francisco